

XXX

Sir Gardiner se había sentado enfrente de la señorita Bérard y le decía en aquel momento:

—Hace poco rato la escuchaba y seguía á usted con la vista cuando estábamos sobre cubierta, y he quedado sorprendido al oír algunas preguntas que hacía á la señora Prevot, y mucho más al ver la expresión de su cara de usted... ¿Por qué ha querido saber tantos detalles sobre el nuevo esposo de la princesa Lavisine? ¿Qué le importa á usted ese hombre? Sin duda alguna persigue alguna idea... ¿Cuál es? Yo no la he comprendido aún.

Juana se levantó agitada y conmovida, dando vueltas por el salón, alejándose de sir Gardiner, para volver á su lado repentinamente.

—¡Sin duda es una locura—decía,—es una locura!... Cuando he oído hablar de ese casamiento y de ese barón de Merieux, me he sobresaltado y mi corazón ha latido violentamente... me ha parecido que este hombre tenía alguna parte en la catástrofe, y, sobre todo, en el infortunio de mi padre y en mi desgracia.

—¡Ah! ¿cree usted?..

—No, yo no creo... no me atrevo á creer... soy demasiado razonable para dejarme guiar por una impre-

sión puramente nerviosa... que no puedo remediar, ni aun ahora mismo... pero haré lo posible por calmarme... Vamos á comunicarnos nuestras ideas, según hacemos siempre... si la sospecha que ha penetrado en mi mente es insensata, usted me lo dirá y no volveré á pensar más en ella.

Ella estaba á su lado de pie, y dijo:

—En primer lugar, ¿no encuentra usted extraño ese matrimonio, lo mismo que yo? Según se decía, la princesa amaba á su marido y quedó desesperada á su muerte, y, sin embargo, se apresura á reemplazarle cuando aún no ha pasado un año de haberle perdido. No parece sino que le tenía en reserva según lo pronto que le ha encontrado. ¿No es esto motivo bastante para suponer que ella esperaba aquella muerte, y que la provocaba?

—¡Es verdad!—murmuró sir Gardiner.

—¡Ya ve usted, se extraña lo mismo que yo! no soy, por lo tanto, tan loca.

Juana fué á sentarse al lado de Gardiner.

—Continuemos, continuemos juntos... amigo mío... La princesa se casa; bueno... ¿con quién se casa? ¿acaso con un compatriota? ¿con un ruso como ella, ó, á lo menos, con una persona de su clase? No; se casa con el barón de Merieux... un hombre de mundo, y nada más... La señora Prevot, á quien tenemos juzgada hace algún tiempo y suponemos una aventurera, parece que ha debido conocerle con alguna intimidad, y esto demuestra, al menos, que no es un hombre serio ni de verdadero valor.

—También eso es verdad—dijo á su vez sir Gardiner.

—¿Acaso es rico ese barón de Merieux?... No; está arruinado... y la princesa Lavisine le lleva en dote muchos millones... ¿Por qué?... para que él pueda coger á manos llenas en la caja, ó, mejor dicho, en aquella mina, puesto que se hace escandalosamente rico al día siguiente de su matrimonio... Desconfío de ese hombre... su conducta me da en qué pensar... ¡Ah! ¡no tengo necesidad de deciros lo que pienso, puesto que me ha adivinado ya... lo leo en vuestro semblante... supone usted lo mismo que yo!

Entonces se levantó sir Gardiner, y, dando grandes pasos, exclamó:

—¡Sí! el príncipe ha sido asesinado... esto es innegable... creen que han encontrado el asesino... no le han encontrado, y únicamente nosotros lo sabemos... ¿quién es?... Debían haberle buscado entre las personas interesadas en su muerte... mas en la época en que se incoó el proceso no había nadie que apareciera interesado en ello... pero después, cuando se ha condenado á un inocente, cuando la justicia está ya satisfecha, cuando el verdadero culpable no tiene nada que temer, entonces...

—Eso es! ¡eso es!... —dijo Juana interrumpiéndole.—Entonces aparece el culpable á nuestra vista, no ante los ojos de quienes deben condenarle, puesto que mi padre sigue apareciendo culpable... ¡Ah! una voz interior me dice que estamos sobre la verdadera pista y que tenemos en nuestras manos el hilo que nos ha de guiar. ¿Recuerda usted nuestras largas conversaciones sobre este punto y las muchísimas suposiciones en que nos perdíamos cuando se instruía el proce-

so? Yo decía á usted:—Si nos fuera posible decir á los jueces: ¡Ahí tenéis el verdadero asesino; le ha asesinado por esto ó por lo otro: os le entregamos; juzgadle y condenadle: devolvedme á mi padre!—¡Pero buscábamos inútilmente sin encontrar nada! ¡Hoy ya es muy distinto! ¡Ya ve usted! no sería yo tan dichosa en este momento si en mis suposiciones no hubiese algún fundamento real.

Sir Gardiner esperó á que Juana se tranquilizase un poco, y dijo:

—Si estuviésemos en Francia, no dudaría un momento en seguir el camino que acaba usted de trazar, y aunque pudiera equivocarme seguiría adelante hasta que pudiera presentar la prueba que deseamos... pero ¿ha pensado usted bien el tiempo que se necesita para estudiar semejante asunto y presentar pruebas á la justicia?... Además, durante el transcurso de los meses, y quizás años, que para esto se ha de tardar, su padre de usted permanecerá en presidio, sufriendo de una manera cruel... No; hemos tomado el camino más corto y hemos hecho lo que debíamos hacer.

—Es verdad, y no me arrepiento de ello... pero cuando esté libre (porque, gracias á usted, lo estará), entonces no tendré más que un solo pensamiento y un solo deseo en toda mi vida, que será demostrar á todo el mundo su inocencia y rehabilitarle... ¡no quiero de ninguna manera que nadie le tenga por asesino! ¡no quiero tampoco que usted, tan bueno y tan honrado, se interese por unos miserables criminales!

XXXI

A contar desde el día de este almuerzo á bordo del yacht, sir Hanley-Gardiner se hizo el compañero inseparable del comandante militar de la isla de Nou. Para captarse sus simpatías y merecer su confianza, llegó hasta adularle ponderando su administración, que en realidad era defectuosa bajo muchos conceptos, puesto que su humanidad era discutible y su justicia dejaba mucho que desear.—Acabo de hacer un artículo, le decía, sobre el presidio... y hablo de usted en términos que no dejan nada que desear... Dentro de muy poco tiempo será usted célebre en América;—y el ex capitán de infantería de marina se ponía á punto de estallar debajo de su uniforme, y no hacía más que hablar del gran periodista y Nabab americano. Todas las mañanas mandaba tripular una lancha y se iba á almorzar á bordo del yacht, donde estaba hasta las doce, hora en que suplicaba á sir Gardiner que bajase con él á tierra para dar un paseo por el campo. Sir Gardiner se hacía rogar un poco para ceder en seguida y, acompañado del soberano de la isla, visitar las obras del presidio, las canteras, el hospital y admirar muchas veces cosas que le causaban indignación.

Y así era, en efecto: este hombre bueno y justo su-

fría viendo ciertas injusticias y ciertos abusos, que se reflejaban en actos de brutalidad inútiles y malos tratamientos de algunos vigilantes, que de malos presidiarios habían ascendido á este puesto. Sentía una verdadera indignación al ver la falta de moralidad que reinaba, lo mismo entre los deportados que entre sus vigilantes; inmoralidad latente y sorda que se hacía general: la afición al vino, fomentada por los mismos guardianes, que se convertían en negociantes de este artículo para aumentar sus utilidades; el robo y el vicio practicado bajo todas las formas.

Todo el mundo estaba ya acostumbrado á ver á sir Gardiner recorrer el campo en busca de su amigo, cazar en el bosque ó recorrer las colinas que dominan la isla en sus seis kilómetros de longitud por cuatro de latitud.

La entrada á la isla de Nou está generalmente prohibida á los habitantes de Noumea y á los extranjeros. Pero como todo el mundo sabía que sir Gardiner era el amigo del comandante, nadie se había permitido hacerle la más pequeña observación en este país en que imperaba la arbitrariedad. Gracias á la libertad de que disfrutaba, el periodista americano continuaba sus observaciones y sus estudios.

—Estoy decidido—decía aquella tarde al acercarse á la señorita Bérard—á que no esté su padre de usted un mes en este infierno... Le pondré en libertad, aunque para ello tenga necesidad de armar á mis marineros y llevármelo á la fuerza, y aunque me sea necesario pegar fuego al presidio y á la isla, con toda su población de condenados.

Al exaltarse de esta manera, tomaba en cierto modo la revancha de la reserva que se había visto obligado á tener durante todo el día.

No se había contentado con estudiar la isla bajo todos sus aspectos, sino que también quiso penetrar tierra adentro para conocer los alrededores de Noumea, por si Bérard era conducido á este punto por cualquier capricho del comandante. El gobernador de Caledonia, con quien también tenía amistad, le dió permiso para poder entrar en los presidios de San Luis, Prony y Bourail.

A la vuelta de una de aquellas excursiones supo que la *Saone* estaba á la vista, según habían anunciado los vigías, y sin pérdida de tiempo se hizo conducir á su yacht.

Encontró á Juana sobre el puente, que con un anteojo miraba en el horizonte.

—¡Por fin!—dijo llena de emoción y con los ojos arrasados en lágrimas.—¡Dios querrá que él esté á bordo!

Algunas horas pasaron sin que sir Gardiner informase á Juana de lo que ocurría, porque habían convenido en no decirse ninguna palabra que pudiese descubrirles. Un gesto, un movimiento irreflexivo, una seña podía dar á conocer el objeto de su viaje y hacerles perder el fruto de tanto trabajo.

Al ponerse el sol entró en la rada la *Saone* por la parte Noroeste, atravesándola en toda su longitud hasta atracar en el puerto frente á Noumea. En el momento se pusieron en marcha numerosas embarcaciones de las dependencias civiles y militares, dirigiéndose á la fragata.

—¿No podríamos nosotros—preguntó la señorita Bérard—meternos en una lancha y mezclarnos entre esa flotilla?... Si mi padre viene á bordo, debe buscarnos lleno de ansiedad... ¡ah! ¡qué feliz será viéndonos!

—¿Y si él mismo se vende á causa de su alegría?

—No, no—dijo Juana;—estoy tan segura de él como de mí misma.

Sir Gardiner dió la orden de armar una chalupa.

XXXII

El transporte estaba anclado á unos cuatrocientos metros de distancia de la Florida.

Algunos segundos habrían sido bastantes para que la embarcación de sir Gardiner recorriese aquella distancia; pero el hombre que manejaba la chalupa había recibido orden de no abordar la fragata y si sólo acercarse á cierta distancia.

La *Saone* se erguía majestuosa ante Juana Bérard y sir Gardiner, demostrando en sus flancos las huellas de una larga navegación. Los colores de la quilla habían desaparecido, dejando ver el hierro y la madera. El eterno lamer de las olas la habían puesto en este estado, aunque al acercarse á ella se veía que todavía estaba en completo buen estado. Voces, cantos y gri-

tos salían de sus entrañas por las abiertas escotillas. Eran los confinados que saludaban la tierra á que iban desterrados, preferible siempre al féretro en que habían estado por tanto tiempo encerrados. En el puente resonaban sin cesar los silbidos de la máquina: los marineros iban y venían, encaramándose algunos en las verjas. Los soldados de infantería de marina se alineaban á la voz de los oficiales. Gestos y saludos se cambiaban entre los recién llegados y los habitantes de Noumea que estaban en las lanchas y se hacían preguntas á gran distancia. «Os habéis retrasado... os esperábamos hace ocho días... ¿habréis sin duda tenido mal tiempo, eh?...—Sí, una calma chicha que no se acababa nunca, después de un gran golpe de viento y un ciclón.—¿Muchas enfermedades?...—Ahora no hay ninguna; todos están buenos...—¿Cuánta gente habéis perdido en el camino?...—Tres marineros y quince forzados.»

Estas preguntas y respuestas llegaban hasta la señorita Bérard en alas del viento. ¡Habían muerto quince penados!... ¡Y no podía ella saber los nombres!... ¡No podía ni aun preguntarlo! Con mirada ávida y penetrante escudriñaba los flancos del navío, porque sir Gardiner le había dicho que aquella larga fila de agujeros era donde se encontraba su padre, y que por allí probablemente sería por donde le vería. En efecto, aprovechando la poca libertad que se les concedía en el momento de la llegada, muchos presidiarios se asomaban llenos de alegría por no sentirse ya mecidos por las olas y viendo de cerca tierra, casas, árboles y caras nuevas.

¡Ah!... si Juana no hubiese temido descubrirse, si Juana no hubiese temido comprometer el porvenir, ¡con cuánto gusto hubiera gritado: «¿Está entre vosotros Bérard? ¿Acaso vive todavía?!»

—Aproximémonos, por Dios—dijo en voz baja á sir Gardiner.

Éste paseó la vista en derredor suyo y reconoció que podía hacerlo sin compromiso. Nadie absolutamente reparaba en ellos. El puerto estaba literalmente cubierto de embarcaciones de toda clase y era muy fácil pasar desapercibidos entre ellas. Los indígenas de Nueva Caledonia, desde que supieron que había llegado un buque de Francia, se habían embarcado en sus canoas y venían á ofrecer á la tripulación legumbres, frutas y flores. Los centinelas de la fragata trataban de que permaneciesen á cierta distancia, pero ellos se acercaban, siempre gritando y gesticulando, haciendo flotar al viento sus encrespadas cabelleras de un color rojizo. Confundido entre este tropel, el bote de la *Florida* daba la vuelta á la *Saone*.

—¡Calle! ¿es usted, sir Gardiner? ¿Qué hacéis aquí?—gritó de repente una voz que partía del bote próximo.

El americano se volvió y se encontró con el comandante del presidio de la isla de Nou.

—Ya ve usted—dijo,—me paseo con mi hermana. Teníamos curiosidad por ver de cerca un navío que ha hecho tan larga travesía.

—Lo comprendo perfectamente... tampoco yo he podido resistir la tentación y me he hecho trasladar aquí.

—¿Acaso los confinados que vienen en la fragata no van á saltar á tierra?

—No, es muy tarde... pasarán esta noche todavía á bordo. Pero mañana temprano desembarcarán para entregarme de ellos... ¿Vendrá usted á verlos desembarcar?

—¿Tiene algo de interesante?

—Sí, bastante... hasta mañana, ¿no es verdad?... Voy á subir á bordo para saber noticias de unos amigos.

—¡Esperar!... ¡Esperar hasta mañana!—murmuraba Juana Bérard.

De repente, ésta ahogó un grito cogiendo la mano de sir Gardiner; por el hueco de una tronera había visto un rostro pálido y sombrío, aunque iluminado por un momento de alegría. ¡Era él!... ¡era él!... ¡su padre!... Se habían visto al mismo tiempo... y silenciosos, inmóviles se habían quedado mirándose con la alegría en el corazón y el llanto en los ojos.

Sir Gardiner se había vuelto para mirar al horizonte y ocultar también las lágrimas.

Dieron las siete á bordo de la fragata. Resonó un toque de cornetas y un redoble de tambor, después las voces de los vigilantes y se cerraron las troneras de la batería.

XXXIII

A la mañana siguiente había un gran movimiento en el puerto de Noumea desde que asomó el sol. Los remolcadores estaban dispuestos. Embarcaciones de todo género iban y venían desde la fragata á tierra y en todas direcciones. Sobre la cubierta del yacht, y al lado de Juana Bérard, que apenas había reposado aquella noche, estaba sir Gardiner, con su gran antejo en la mano, observando todo aquel movimiento sin perder ningún detalle. Gracias á la pequeña distancia que lo separaba del transporte, podía ver perfectamente cuanto ocurría en el puente: los presidiarios, con su saco en la mano, salían uno tras otro de la batería, yendo á colocarse á babor y á estribor en tres filas. Los oficiales les pasaban revista por última vez y los vigilantes les llamaban por su nombre. Era evidente que iban á desembarcar.

En efecto, varias chalupas arrastradas por remolcadores se dirigieron á la fragata. Entre éstas descollaba una por su magnitud, tripulada por una docena de hombres, cuyo traje no se diferenciaba del de los presidiarios más que por el sombrero de paja de anchas alas, que se adelantó á las otras, colocándose la pri-

mera al costado del navío. Esta embarcación venía para las mujeres que iban á ser conducidas á Noumea y después al campo de Bourail, en donde había una casa que se llamaba convento, y era en realidad un presidio.

Alegres, sin embargo, por salir de las jaulas y respirar el aire puro en pleno sol, aquellas mujeres caminaban contentas, mirando á todas partes.

Marcela Hébert fué la última que salió de la batería, y, haciendo contraste con sus compañeras, caminaba lentamente, lanzando en derredor suyo una mirada triste y buscando á alguno entre los presidiarios. Pon fin encontró á Fortier, y como ella estaba obligada á esperar que las demás mujeres bajasen por la escala, colocó dos dedos sobre sus labios y envió un beso al aire. Toda la tripulación pudo suponer que aquello era despedida general: solamente Robin fué el que comprendió que aquel beso volaba hacia su rival.

«Está bien, está bien...—murmuraba él entre tanto.—Puedes hacer lo que quieras... ya es por última vez... porque te juro que no le has de volver á ver.»

Y efectivamente, desde aquel momento cesaba ya el arresto que le había impuesto el comandante de la *Saone*, puesto que ya no estaba bajo sus órdenes y entraba de nuevo en el ejercicio de sus funciones al llegar á la isla de Nou, siendo otra vez el árbitro de la suerte de Fortier.

En el momento en que se alejó la chalupa que conducía á las mujeres, se aproximaron otras dos al costado del buque para recibir en ellas á los presidiarios.

Una media hora después se alejaban éstos, cantan-

do, gritando y gesticulando y amenazando con los puños al navío que acababan de abandonar, el cual giraba lentamente sobre sus anclas á merced de las olas, sin cuidarse de sus insultos.

Entonces sir Gardiner estrechó la mano de Juana Bérard y bajó á su canoa, á fin de aprovechar la invitación que le había hecho la víspera el comandante del presidio. Alcanzó las chalupas á la mitad del camino, acercándose á ellas todo cuanto le fué posible para que Bérard pudiese verle, y continuó rápidamente su marcha hacia la isla de Nou. Su nuevo amigo le recibió á bordo de su embarcación con marcadas muestras de alegría.

—Llega usted muy á tiempo... mi convoy de penados estará aquí dentro de un momento... venga usted. He mandado poner sillas en este sitio para que pueda usted ver más cómodamente, sin que pierda ningún detalle del espectáculo.

Dichas estas palabras, indicó el camino á sir Gardiner, que le siguió sin participar de su buen humor.

Antes de saltar á tierra los principales actores de esta escena, el americano lanzó una mirada sobre la decoración que se presentaba á su vista y sobre las figuras que la componían: chozas más bien que casas, árboles raquíticos, pedazos de tierra quemada por los vigilantes; una gran porción de chusma grosera, moviendo algazara, y toda una horda de mujeres desgreñadas y harapientas, medio vestidas con una falda mal sujeta: mujeres de empleados y guardianes, que son la única representación del bello sexo que hay en la isla de Nou.

Las chalupas acababan de atracar, y los que en ellas venían subían uno tras otro por la escala que había en el desembarcadero. Sir Hanley fijó en ellos toda su atención. Apenas tocaban tierra, iban á alinearse en el camino, formando dos hileras. Cuando estuvieron todos, hicieron su revista los médicos, enviando al hospital á los más enfermos y ordenando para los demás una semana de reposo con carne y vino para reparar un poco sus fuerzas.

A esta visita, hecha á la ligera, sucedió la inspección de los sacos. Los encargados de hacerla metían el brazo hasta el fondo, arrojando á tierra sin ningún miramiento los objetos que juzgaban inútiles, y se guardaban los que por cualquier concepto excitaban su codicia.

Después de concluida esta operación, los vigilantes dieron la señal de marcha para el presidio.

XXXIV

—¿Quiere usted que acompañemos esta canalla hasta el presidio?—había dicho el comandante á sir Gardiner.

Este se había apresurado á aceptar. Había asistido únicamente al prólogo del drama, y deseaba conocer la

continuación, y sobre todo deseaba que Bérard le viese de cerca para cumplir el ofrecimiento que había hecho á Juana, que no podía ir, de verlo y oírlo todo para darle cuenta de ello.

La cuerda de los deportados, que se componía de unos trescientos hombres próximamente, marchaba lentamente por un camino lleno de guijarros, bajo un sol inaguantable, entre dos hileras de casuchas que formaban una casi aldea. Los vigilantes y los inspectores caminaban á los flancos de la columna sin abandonarla un momento. De cuándo en cuándo alguno de ellos, como perro de pastor acostumbrado á morder, se introducía con la cabeza baja en aquel rebaño y distribuía sendos puñetazos, diciendo: «Si no marcháis más de prisa, yo os avivaré.» Otro, sin piedad ninguna, pegaba un latigazo al que se paraba en el camino para respirar un instante. Si el hombre que se veía maltratado de esta manera tenía la sangre un poco caliente y se revolvía, amenazando siquiera con la vista á aquel guardián, éste echaba mano en seguida al revólver y le hacía bajar la cabeza.

Uno de aquellos actos de brutalidad sublevó de tal manera los sentimientos de sir Gardiner, que no pudo por menos de decir al comandante:

—Pero vuestros guardianes ¿tienen derecho á pegar siempre que se les antoja.

—No—respondió el antiguo capitán de marino;—nadie les ha concedido ese derecho; pero ellos se lo toman y nadie se queja, ni aun los mismos penados... están ya tan prostituídos, que han acabado por amar el palo.

—A falta de otra cosa mejor—murmuró sir Gardiner.

Después de haber pasado por delante de la iglesia y subido una pequeña cuesta, la columna había llegado al *boulevard de los Mártires* ó de la *Guillotina*, nombre que le habían dado los presidiarios á la avenida principal del presidio, en recuerdo de los latigazos que allí se distribuyen todas las mañanas, y de las ejecuciones capitales de que es teatro bastantes veces. A derecha é izquierda existen construcciones, separadas unas de otras por un espacio de tres metros, de veinticinco metros de largo por seis de ancho, con un pequeño portal, á que se entra subiendo tres escalones, y que pueden contener unos sesenta penados. El aspecto de estas construcciones de piedra, cubiertas de pizarra y llenas de barrotes y verjas en todos los huecos, les da un aspecto bien triste.

—Preste usted atención—dijo el comandante á su huésped;—se va á proceder á la clasificación. Con algunos minutos hay tiempo bastante para enviar á la tercera y cuarta clase todo mi contingente.

Se llama contingente al convoy de forzados que acaba de llegar.

—¡Ah!—dijo sir Gardiner, á pesar de los esfuerzos que hacía para callarse;—¡con pocos minutos es bastante!... Esta clasificación tiene, sin embargo, una gran importancia para estos hombres, si no recuerdo mal los informes que usted me tiene dados... En la tercera clase se tienen sobre poco más ó menos las mismas ventajas que en la segunda y en la primera... no hay diferencia notable más que en el salario... Fue-

ra de las horas de trabajo y de sueño, los penados de esta categoría pueden hablar entre ellos, pasear por el penal, fumar, leer, descansar... En la cuarta clase, por el contrario, no tienen ninguna de estas ventajas... están casi siempre cargados de cadenas y todos los trabajos extraordinarios pesan sobre ellos, ¿no es verdad?

—Exactamente... no ha olvidado usted nada. Es usted un discípulo excelente—dijo riendo el comandante.

—Pues entonces me parece—dijo sir Gardiner—que esta clasificación debiera estudiarse más detenidamente, en virtud de datos y observaciones.

—Sin duda alguna; así es como se hace... A la cuarta clase se envían únicamente los que durante la travesía se han mostrado poco sumisos ó revoltosos... Ahora veréis. Esto se hace perfectamente, con mucho orden y un gran espíritu de justicia.

—Vamos á verlo—dijo sir Gardiner, que empezaba á dudar.

Robin era el que presidía la clasificación. Colocado á algunos pasos de distancia del convoy, que estaba dividido en dos filas, leía en una cartera y hacía el llamamiento.

—La cuarta clase es la que se llama... La lista no es muy larga—dijo el comandante.

Sir Gardiner escuchaba lleno de emoción á ver si nombraban á Bérard, porque, á más del sentimiento que esto le causaba, sabía perfectamente que en esta cuarta clase la vigilancia era mucho mayor y sería necesario más tiempo y trabajo para realizar su evasión.

La lista era mucho más extensa de lo que había supuesto el comandante.

Robin seguía llamando sin nunca acabar, y sir Gardiner tuvo la alegría de no oír pronunciar el nombre de Bérard.

—El último es el mejor—dijo Robin;—y con voz alegre y satánica sonrisa gritó:

—¡Fortier!

El desgraciado salió inmediatamente de las filas para juntarse con los que habían sido llamados anteriormente, y que formaban ya un grupo bastante numeroso. Pero al pasar delante de Robin alzó la cabeza, diciéndole en su cara:

—Os vengáis... me lo esperaba...

Robin, furioso, se arrojó sobre él.

XXXV

En aquel momento se hubiera creído que Robin iba á pegar á Fortier, y sin embargo no le hizo nada. Se acercó al presidiario, y en voz baja, reconcentrada, pero llena de cólera, le dijo.

—Sí, tienes razón; me vengo del castigo que por tu causa me dió el comandante y de la humillación que me has hecho pasar... y de otra cosa también. Sí, me

vengo y me las pagarás de tal manera que no tendrás más remedio que revolverte un día... entonces mi revólver dará cuenta de tí mejor que la otra vez... no te me escaparás.

—¡Miserable!—murmuró Fortier entre dientes.

—¡Ah! ¡Me insultas! Para empezar, voy á mandar que te pongan cadena doble.

—¡Robin!—gritó el comandante del penal.

En el momento, y como si nada de particular ocurriera, el vigilante se volvió, dirigiéndose hacia el jefe con el kepi en la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ese hombre con quien está usted hablando?

—Un tal Fortier, mi comandante... que se extraña de que le envíe á la cuarta, cuando su conducta ha sido de lo más deplorable durante la travesía... Insubordinación, escándalo... ha estado un mes en el calabozo... es un hombre peligroso, que debe estar separado de los demás.

—Está bien; no le pierda usted de vista.

Robin saludó nuevamente y se retiró.

—Ya lo veis—dijo el comandante volviéndose hacia su huésped;—aquí no se comete ningún acto de injusticia, puesto que me informo de todo y velo por todo.

Por lo regular sucedía precisamente lo contrario, puesto que velaba muy poco y dejaba que lo hiciesen todo, sin ocuparse de nada, y es bien seguro que no habría interrogado al jefe de vigilancia á no ser por sir Gardiner.

En efecto, éste había fijado su atención en Fortier

cuando salió de las filas para ingresar en la cuarta clase, al ver su fisonomía, que no se parecía en nada á la de los demás penados de figura siniestra y estúpida que le habían precedido. Además, le pareció que había sorprendido una mirada ó un gesto de Bérard, que parecía implorar protección para su compañero de infortunio.

La clasificación había terminado. Los hombres que habían sido designados para formar la cuarta categoría fueron conducidos hacia su departamento por tres capataces escogidos á propósito para castigarlos mejor. Los demás, unos doscientos cincuenta próximamente, se dirigieron hacia otros dos departamentos, en el que los dejaban amontonados en confuso hacinamiento. Media hora después todo había concluido.

—¿Qué es lo que van á hacer ahora?—preguntó sir Gardiner al comandante.

—Lo que quieran... comer, dormir, beber tisana para reponerse... mañana temprano darán un paseo á orillas del mar... ¡Oh! No son tan dignos de lástima como usted cree.

Aquella recomendación era completamente inútil, puesto que sir Gardiner no pensaba compadecerse de aquellos hombres, que en su mayor parte tenían merecido aquel castigo. Pero sí tenía interés por algunos de entre ellos, que se podían conceptuar como extraviados ó alucinados, para quienes habría sido bastante el destierro y el trabajo sin atormentarlos: desgraciados que habrían vuelto á ser buenos si no se les hubiera sometido á aquella nueva vida.

Es verdad que se les decía: «No os hagáis acreedo-

res al castigo... sed obedientes, y así pasaréis de una categoría á otra, hasta que estéis casi en libertad, puesto que se os dará un pedazo de terreno, una cabaña, una mujer y quizás una familia... seréis libres... podréis entrar al servicio de un habitante de Nonnea, y quizás el Gobierno os haga uno de sus empleados.» Pero antes de llegar á este resultado, ¡cuánto tiempo ha de transcurrir! Qué de malos tratos, qué de injurias, qué de golpes han de recibir, sin quejarse, sin protestar, sin hacer un gesto y sin contestar una palabra? Pero los que, á pesar de su caída, tienen aún algo de hombres; aquellos que todavía conservan un resto de dignidad y á quienes queda un poco de sangre en las venas, son los que están más en peligro de descender en categoría y perder por completo su libertad.

Para hacerse mejor, es preciso poder aislarse y volver en sí mismo interrogando la conciencia, mirar al pasado y pensar en el porvenir. ¿Es posible el aislamiento en este hormiguero humano? ¿Pueden despertarse los buenos sentimientos en medio de estos gritos é imprecaciones, en una atmósfera malsana, en contacto con todos los vicios y todos los crímenes, y en medio de un infierno en que se agitan revueltos tantos condenados?

Más conmovido que nunca por el espectáculo que acababa de presenciar, sir Gardiner pidió permiso para retirarse al yacht en el momento en que vió á Bérard entrar en el departamento que le había correspondido. Juana, que le esperaba llena de ansiedad, le exigió que le diese cuenta detallada de todo cuanto había visto y

oído. Apenas hubo él terminado su triste narración, dijo:

—¡Basta de inacción! ¡A obrar inmediatamente!

—Sí, sí—contestó sir Gardiner.—Pero ¿cómo vamos á obrar si su padre de usted no puede ayudarnos, puesto que no sabe lo que tiene que hacer?... Hemos decidido no hablarle, y en esto hacemos muy bien... pero es preciso que al ménos tengamos una persona que pueda servirnos de intermediario... quizás la he encontrado ya.

XXXVI

La señorita Bérard acosó á preguntas á sir Gardiner, y éste le refirió el episodio concerniente á Fortier, diciendo:

—En el momento en que este hombre fué designado para formar parte de la cuarta clase, varió de aspecto la fisonomía de vuestro padre. Un momento después le vi temblar, cuando el jefe de vigilancia se arrojó sobre el presidiario como para quererle pegar... No me llamaría la atención saber que ese Fortier, cuyo aspecto me parece mucho mejor que el de los demás presos y revela cierta energía, haya prestado á Bérard algunos servicios durante la travesía... Si no me enga-

ño, este hombre puede servirnos de intermediario; pero no tengáis cuidado, que yo no haré nada sin que tenga una completa seguridad en lo que hago.

—Está bien—dijo Juana después de reflexionar un momento;—pero para esto sería preciso que ese hombre habitase en la misma sección del penal que habita mi padre, y, según acaba usted de decirme, le han colocado en la cuarta clase, que no tiene ninguna comunicación con las otras tres restantes.

—Nada más fácil que hacerle variar de categoría—contestó sir Gardiner.—Me parece que será bastante con que diga una palabra al comandante, de quien soy tan amigo por política, á pesar de la gran antipatía que me inspira... de esta manera no recibe su padre de usted ninguna protección y no se despierta la desconfianza de sus carceleros. Por otra parte, nada me impide el manifestar alguna simpatía por un penado, y esto mismo puede servir para despistarlos si concibiesen la más pequeña sospecha. Su atención se fijará en éste y no pensarán en su padre de usted.

—Sí, la idea es buena... pero usted es el primero que lo ha dicho: es necesario no engañarse. ¿Cómo vamos á averiguar si nos es posible tener confianza en ese desconocido?

—Vuestro padre nos lo dirá.

—¿Cree usted que va á poder hablarle?

—No; pero él por su parte ha debido hacer el mismo razonamiento que nosotros, y comprendiendo que tenemos necesidad de entendernos, nos indicará el medio de que hemos de valer nos por una palabra ó un gesto en la primera ocasión que tenga.

—¿Se presentará esa ocasión si no la buscamos?

—No; á mí es á quien corresponde el encontrarme en su camino siempre que pueda hacerlo, para recoger un gesto, una mirada ó una palabra.

—Sí, sí, eso es.

—Según me ha dicho el comandante, el convoy que ha llegado hoy debe dar mañana un paseo por la playa a... Averiguaré hacia qué parte debe dirigirse, y quizás la casualidad me permita acercarme á su padre de usted y decirle una palabra ó hacerle una seña.

—¿No sería posible que yo le acompañara á usted, para verle siquiera?

—No, no se lo aconsejo á usted... llamaría la atención... en mí no se repara ya.

A la mañana siguiente, sir Gardiner, vestido de cazador, se embarcó en su chalupa y se hizo conducir á la isla de Nou, y, en lugar de dirigirse á los sitios habitados, se subió á las colinas que dominan la isla.

Serían las tres de la tarde, hora en que no era ya tan fuerte el calor, cuando divisó una larga fila de hombres que de dos en dos caminaban lentamente á lo largo de un sendero próximo al mar. Aquella columna parecía dirigirse hacia un punto de la isla llamado *Vacherie*, donde pastaban algunos animales. En el momento, pero sin apresurarse, se puso en marcha hacia aquel punto con la escopeta en la mano, sentándose al pie de un árbol cuando llegó al punto que deseaba.

No se había equivocado en sus cálculos: la cuerda de presos llegó á aquel sitio, y precisamente allí se dió la orden de descanso. Sir Gardiner, en lugar de

levantarse y ceder el puesto á los recién llegados, fingió no haberlos visto ni oído, y siguió haciendo como que dormía profundamente. Los vigilantes quedaron sorprendidos al ver una persona extraña en aquella parte de la isla, hasta que, habiéndose acercado, reconocieron á sir Gardiner, sin atreverse á molestarle, puesto que era el amigo del jefe y propietario del magnífico navío que se balanceaba en el puerto.

Había transcurrido un cuarto de hora, cuando el americano abrió los ojos y vió á Bérard que se paseaba lentamente, acercándose cada vez más hacia él. Llegó un momento en que estaba muy cerca de sir Gardiner: entonces, convencido de que nadie le miraba y sin pararse, pronunció estas palabras: «Es necesario proteger á Fortier y tratar de ponernos juntos... se puede tener una completa confianza en él.»

No dijo una palabra más y se alejó; pero estas palabras fueron bastantes para sacar á sir Gardiner y á su hija del apuro en que se encontraban.

XXXVII

Cuando Bérard se marchó, sir Gardiner hizo como que se despertaba. Se levantó, paseando su mirada en derredor, y, como asustado por verse entre aquella gente y no queriendo permanecer en su compañía, se apresuró á dejar aquellos sitios.

El apresurarse de aquella manera era debido únicamente al deseo que tenía de llegar al lado de la señorita Bérard para comunicarle lo ocurrido. Así es que, en lugar de seguir el camino más cómodo, pero más largo, siguió un camino de travesía. En pocos momentos recorrió una gran distancia, encontrándose en los alrededores de una cantera en explotación, de la cual salía una batida de unos cincuenta hombres que acababan de trabajar en ella. Aquellos infelices caminaban lenta y trabajosamente, con la cabeza baja y la mirada triste. Sus rostros pálidos y demacrados decían bien á las claras sus miserias y sus padecimientos, así como sus vicios y su envejecimiento. Era uno de los pelotones castigados que pertenecían á la cuarta clase. Algunos de aquellos hombres, pero muy pocos solamente, no iban cargados de hierro, sin duda en recompensa de una sumisión relativa y momentánea. Los demás llevaban cadenas desde los tobillos hasta la cadera, y algunos llevaban dos. Estos últimos iban en parejas, sujetos á su vez por otra tercera cadena.

El americano se detuvo un poco para dejar pasar aquellos desgraciados, que en su mayor parte le echaron una mirada de odio, de envidia ó de burla. Uno sólo de entre ellos se quitó su gran sombrero de paja.

Sir Gardiner reconoció al hombre de la víspera, Fortier. El desgraciado iba cargado con doble cadena, llevando de consorte un hombre pequeño de figura siniestra.

—¿Quién te ha permitido saludar?—gritó un vigilante, arrojándose hacia él con el puño levantado.

Pero sir Gardiner estaba ya junto al vigilante.

—¿Por qué no quiere usted que me saluda ese hombre?—preguntó.

—Porque yo creí, caballero—balbuceó el vigilante,—que esto molestaría á usted.

—Tan poco me molesta, que yo le devuelvo su saludo. Es un desgraciado, y yo me inclino siempre ante la desgracia.

El vigilante no comprendió este lenguaje, que era demasiado sublime para él.

El pelotón se alejó, chocando las cadenas unas contra otras y produciendo un ruido estridente.

Sir Gardiner emprendió nuevamente su camino con tal velocidad, que más bien parecía correr. Media hora tardó en llegar á la parte habitada de la isla, encontrándose con el comandante en el camino que conducía al desembarcadero.

—¡Al fin os encuentro!—dijo éste corriendo á esrecharle la mano.—¡Se está usted cazando en mi isla toda la mañana y no ha venido usted á verme!... eso no está bien hecho... en castigo le invito á que venga usted á comer conmigo.

—¡Imposible, caballero, imposible! tengo precisión de ir al yacht; pero podemos arreglarlo todo... Usted será el que venga á comer conmigo.

—Eso sería ya abusar.

—De ninguna manera: usted nos hace en esto un gran placer... además, creo que mi hermana desea deoir á usted alguna cosa.

—¡De veras! ¡qué suerte para mí!... ¿Sabe usted de qué se trata?

—Con seguridad, no lo sé... pero creo que se trata

de alguna recomendación... Según tengo entendido, una amiga suya parisién le ha escrito por el último correo, recomendándole uno de vuestros penados... yo no sé nada más... mi hermana os lo dirá... De modo que es cosa convenida... dentro de una hora le espero á usted en mi yacht.

—No faltará... ¿Se marcha usted antes?

—Sí; tengo algunas cartas que escribir para el correo que sale mañana.

Pocos momentos después estaba ya Juana Bérard al corriente de todo cuanto había pasado aquel día.

—Ya ve usted—dijo cuando concluyó sir Gardiner—que yo no he perdido un minuto. Esta misma noche podrá usted recomendar al hombre que nos ha indicado su padre de usted, y es seguro que el comandante, por complaceros, hará que vuestro protegido pase de la cuarta á la tercera clase.

—Así lo espero... sin embargo, ¿no le parece á usted que sería conveniente tomar algunos informes acerca de ese Fortier y conocerle un poco, para poder responder á las objeciones que le ocurra hacer al comandante?

—Seguramente que sería muy bueno todo eso; pero ¿quién nos los puede suministrar?

—Algún oficial de la *Saone*; ¿no conocéis á ninguno?

—Sí, un teniente de navío que ha venido á hacerme una visita esta mañana... pero estoy soñando; ¡sí le he invitado también á comer! No parece sino que había previsto este caso... vamos, todo nos sonríe en este momento, y voy teniendo esperanza.

A las seis de la tarde llegaban una de las embarcaciones de la *Saone* y una chalupa de la isla de Nou, llevando á bordo al teniente de navío señor X... y al comandante del presidio. Inmediatamente se les hizo pasar al salón del yacht, en donde los recibió la señorita Bérard con una amabilidad exquisita. Al lado de una joven tan linda y de educación tan esmerada, rodeados del lujo que reinaba en el salón de la *Florida*, los huéspedes que se encontraban á bordo podían muy bien olvidar que estaban á seis mil leguas de Francia, en las costas de la Nueva Caledonia, que es un país miserable, por más que digan lo contrario los que han tenido la dicha de no visitarlo.

XXXVIII

Durante toda la comida, la señorita Bérard habló de cosas indiferentes, sin atreverse á abordar la cuestión que tenía encerrada en su corazón. Quería demostrar que no le daba una gran importancia, y sobre todo quería conquistar de antemano á sus convidados para tener una victoria más segura. A eso de las ocho fueron á tomar el café sobre el puente, puesto que hacía una noche hermosísima, completamente estrellada. Solamente entonces, y cediendo á las instancias del co-

mandante, que la suplicaba sin cesar en qué podía complacerla, fué cuando dijo:

—Se trata de complacer á una francesa con quien hice amistad la última vez que estuve en París. Parece que ésta tiene un hermano de leche que se llama Armando Fortier, que en un momento de locura cometió un crimen... Mi amiga no me da explicaciones de cuál haya sido éste, y se concreta á decirme que Fortier ha sido condenado á trabajos forzados, habiendo partido para Nueva Caledonia en el transporte de la *Saone*... Sabe que estoy aquí, y suponiéndome con alguna influencia me suplica recomiende su hermano de leche á las autoridades del país y á las personas de quienes vaya á depender.

—¡Pues no faltaba más, señorita!—exclamó el comandante del presidio;—desde este momento tiene toda mi benevolencia nuestro recomendado... Fortier... Fortier... espere usted... me parece que conozco ese nombre.

—Yo también—se aventuró á decir sir Gardiner—creo que ese nombre se ha pronunciado delante de mí, hace muy poco y en una circunstancia que me ha conmovido... Sí... no me engaño... me parece que es el hombre á quien el jefe de vigilancia metió ayer en la cuarta clase... Acuérdesese usted... también le llamó la atención el caso é hizo usted un interrogatorio delante de mí...

—El jefe de vigilancia... ya me acuerdo... Sí, eso es... Fortier... ¡Fortier!... ¡diablo! ¡qué enojoso es estol

—¿Por qué es enojoso, comandante?—preguntó la señorita Bérard.

—Porque vuestro protegido está en la cuarta categoría, señorita... y me costará mucho trabajo hacer por él todo cuanto yo quisiera.

—¿Y dónde estaría el mérito, querido comandante, si no os costase ningún trabajo?—contestó Juana con su más graciosa sonrisa.

—Es verdad, es verdad... pero el reglamento...

—¡Oh! cuando usted quiere no hay reglamento... es dueño absoluto.

—Además—añadió sir Gardiner,—nada prueba que Fortier merezca un castigo tan severo... Se le echa en cara haber sufrido un mes de calabozo á bordo de la *Saone*... esto no es una razón para que dure el castigo... quizá no le tenga buena voluntad vuestro jefe de vigilancia.

—Estoy seguro de que le detesta—dijo el teniente de navío, que hasta entonces había escuchado en silencio.—Ese vigilante debe llamarse Robin, ¿no es verdad?

—Sí, así se llama en efecto.

—Ya estaba yo seguro de ello... Pues bien, Robin ha estado suspendido de empleo por mi comandante, durante la mitad de la travesía, por causa de ese Fortier.

—¡Ah! ¡ah! ¡ya ve usted!—exclamó sir Gardiner,—no creí que pondría tan justamente el dedo en la llaga... ¿tiene usted la bondad, caballero, de darnos algunos detalles de este asunto, que parece ser digno de curiosidad?

—Tampoco me será desagradable saberlo—añadió la señorita Bérard,—porque de esta manera puedo co-

nocer algo de la persona á quien quiere mi amiga que recomiende.

El teniente de navío, valiéndose de frases embozadas y con gran tacto, contó la aventura de Fortier, Robin y Marcela Hebert que tuvo lugar á bordo del transporte la *Saone*, concluyendo por decir: «Yo fui uno de los que le absolvieron en el consejo de guerra, y, á pesar de su crimen pasado, yo creo que es un hombre digno de compasión.»

—Ya ve usted, mi querido comandante, que lo único que hacía falta era explicarse... el señor Robin realizaba un acto monstruoso de injusticia y cometía una ruin venganza con su rival enviándole sin motivo á la cuarta categoría... Afortunadamente, está usted aquí para hacer justicia completa.

—¡Ya lo creo que para eso estoy aquí!—exclamó el comandante.—No quiero que nunca se diga que bajo mi administración... ¡Ahl eso es demasiado... es demasiado... Os aseguro que Robin recibirá noticias mías muy pronto... y en cuanto á vuestro recomendado, aseguro á usted, señorita, que mañana mismo pasará á la tercera categoría, y que, si se porta bien, le propondré para que mejore su suerte... ¡Así soy yo! severo con los malos, indulgente con los buenos.

—Una mano de hierro y un corazón de oro—dijo sir Gardiner.—Esto es lo que yo decía en mi último artículo, refiriéndome á usted como jefe del penal.

—¡Ahl usted ha dicho eso?

—Ciertamente... yo había juzgado á usted, querido comandante, antes de conocerle por completo.

El antiguo capitán de marina, que había comido

perfectamente y bebido mejor, se estaba fumando un magnífico cigarro en aquel momento, y tomó por moneda corriente todo cuanto le había dicho sir Gardiner, llegando hasta el extremo de decirle al tiempo de marcharse:

—Amigo mío, mi querido amigo, doy á usted infinitas gracias por haberme proporcionado la ocasión de realizar un acto de justicia.

Cuando se quedaron solos Juana Bérard y sir Gardiner, tuvieron que confesar que, si la partida no estaba ganada, al ménos se había empezado en muy buenas condiciones.

XXXIX

Cuando un hombre no tiene la costumbre de practicar el bien y de repente se decide á cumplir con su deber, y cuando, sobre todo, sus intereses y sus deseos se encuentran de acuerdo con la buena acción ó el acto de justicia que realiza, no hay nada que le contenga en su camino y está él mismo tentado á creer que toda su vida ha practicado la imparcialidad íntegra y completa.

Así se explica el que, apenas se despertó al día siguiente el comandante del presidio de la isla de Nou,